

ANNE Y SERGE GOLON

Angélica
la marquesa
de los ángeles



La protagonista de la historia, que se desarrolla en el siglo XVII, es Angélica de Sancé, una bella joven que, a pesar de ser noble, no tiene renombre y cuya familia, que habita en Monteloup, ubicada en la región francesa del Poitou-Charentes, está al borde de la bancarrota. Su familia la envía a un convento donde pasa su adolescencia, hasta que su padre la compromete en matrimonio con un rico conde de la región de Toulouse, del que se dice es más rico que el rey, tiene una pierna coja y, se dice, ha hecho un pacto con el demonio porque la gente no se explica de dónde proviene su riqueza. Angélica se casa de mala gana, pero lo hace por salvar a su familia de la ruina, y aunque no ama en un principio a su esposo, Joffrey de Peyrac de Morens d'Irristru, poco a poco comienza a enamorarse de él. Sin embargo, ellos no sospechan que se está tramando una conspiración contra ellos, una venganza por un acto que Angélica cometió cuando pequeña, y cuyos principales perpetradores, desde las sombras, son el intendente Nicolás Fouquet, con la ayuda del hermano del rey, clérigos que odian al conde... y el mismísimo Luis XIV, Rey-Sol. Pero lo que estos enemigos varios no saben es que cuando Angélica ponga sus pies en la corte, Versailles nunca volverá a ser la misma.

PRIMERA PARTE (1645)

I

La infancia de Angélica en el castillo
campesino

—Nodrizas —preguntó Angélica—, ¿para qué mataba tantos niños Gil de Retz?

—Para el demonio, hijita. Gil de Retz, el ogro de Mache-coul, quería ser el señor más poderoso de su tiempo. En su castillo no había más que crisoles, alambiques, marmitas llenas de caldos rojos y vapores espantables. El diablo pedía que le ofreciese en sacrificio el corazón de una criaturita. Así empezaron los crímenes. Y las madres, aterradas, señalaban con el dedo el torreón negro de Machecoul, rodeado de cuervos, tantos cadáveres de niños inocentes había en sus calabozos subterráneos.

—¿Se los comía a todos? —preguntó Madelón, la hermanita pequeña de Angélica, con voz temblorosa.

—A todos, no. No hubiera podido —respondió la nodriza.

Inclinada sobre el caldero en que el tocino y las coles hervían despacito, revolvió la sopa en silencio. Hortensia, Angélica y Madelón, las tres hijas del barón de Sancé de Monteloup, cuchara en ristre junto a sus escudillas, esperaban con ansiedad la continuación del relato.

—Hacía algo peor que comérselos —continuó al fin la nodriza, con voz llena de rencor—. Primero hacía que trajesen a su presencia al pobrecillo o a la pobrecilla, que, tem-

blando de miedo, llamaba a gritos a su madre. El señor, tendido en su lecho, se refocilaba con el espanto de la criatura. Después hacía que la colgasen de la pared, en una especie de horca que le iba apretando el pecho y el cuello y que la ahogaba, aunque no lo bastante para darle muerte. El niño pateaba como un pollo colgado, se apagaban sus gritos, los ojos se le salían de las órbitas, se ponía azul. Y en la sala grande no se oían más que las risas de los hombres crueles y los gemidos de la víctima. Entonces, Gil de Retz lo mandaba descolgar, lo sentaba sobre sus rodillas y apoyaba la frente del pobre angelote contra su pecho. Le hablaba con dulzura. «No ha sido nada grave —decía—. No queríamos más que divertirnos. Pero ya se acabó». Ahora le darían confites, tendría un hermoso lecho con colchón de plumas, un traje de seda como un pajecito. El chiquillo se tranquilizaba. Un fulgor de alegría brillaba en sus ojos llenos de lágrimas. Entonces el señor, súbitamente, le hundía la daga en el cuello. Pero lo más espantoso era cuando robaba a las mozas muy jóvenes.

—¿Qué les hacía? —preguntó Hortensia.

Entonces fue cuando intervino el viejo Guillermo, que, sentado en un rincón junto al hogar, estaba raspando un tacco de tabaco. Más que hablar, gruñía, y la voz parecía enredarse en la maraña de las barbas amarillentas:

—¡Cállate, vieja loca! Hasta a mí, que soy un guerrero, me revuelves el corazón con tus cuentos fantásticos.

—¿Cuentos fantásticos...? Ya se ve que no has nacido en el Poitou ni por asomo, Guillermo Lützen. No tienes más que echar a andar camino de Nantes y no tardarás en encontrar el maldito castillo de Machecoul. Hace ya dos siglos que se cometieron los crímenes y todavía se santiguan las gentes que pasan por los alrededores. Pero tú no eres de esta tierra y no sabes nada de sus antepasados.

—¡Hermosos antepasados, si todos son como vuestro Gil de Retz!

—Gil de Retz fue tan grande en el mal que ninguna tierra, fuera del Poitou, puede jactarse de haber tenido un criminal como él. Y cuando murió, juzgado y condenado en Nantes, dándose golpes en el pecho, confesando su culpa y pidiendo perdón a Dios, todas las madres a cuyos hijos había torturado y se había comido llevaron luto por él.

—¡Eso sí que es grande! —exclamó el viejo.

—Así somos nosotros, las gentes del Poitou. ¡Grandes en el mal, grandes en el perdón!

Hosca, la nodriza, arregló los cacharros sobre la mesa y abrazó con pasión al niño Dionisio.

—Verdad es —dijo— que fui poco a la escuela, pero sé distinguir lo que es un cuento para la velada y lo que es un relato de los tiempos pasados. Gil de Retz fue un hombre que existió verdaderamente. Su alma andará aún errante junto a Machecoul, pero su cuerpo se ha podrido en esta tierra nuestra. Por eso no se puede hablar de él a la ligera, como de las hadas y de los duendes que se pasean entre las grandes piedras plantadas en los campos. Aunque tampoco convenga demasiado burlarse de tales espíritus malignos...

—Y de los fantasmas, nodriza, ¿se puede uno burlar? —preguntó Angélica.

—Más vale que no, preciosa. Los fantasmas no son malos, pero la mayor parte de ellos están tristes y son recelosos, y ¿para qué aumentar con burlas los tormentos de esos infelices?

—¿Por qué llora la señora anciana que se aparece, en el castillo?

—¿Quién será capaz de saberlo? La última vez que me encontré con ella, hace seis años, entre la antigua sala de guardias y el corredor grande, me pareció que ya no lloraba, tal vez gracias a las preces que vuestro abuelo había hecho rezar por su alma en la capilla.

—Yo he oído sus pasos en la torre —afirmó Nanette, la criada.

—Sería una rata. La anciana dama de Monteloup es discreta y no quiere molestar a nadie. Acaso fue ciega. Muchos se lo figuran porque alarga siempre la mano hacia adelante como si fuera buscando a tientas. Pero ¿qué busca? A veces se acerca a los niños y les pasa la mano por la cara.

La voz de Fantina se tornaba lúgubre.

—¿Quién sabe si no va buscando algún niño muerto?

—Buena mujer, tienes el espíritu más macabro que la vista de un osario —volvió a protestar el abuelo Guillermo—. Es posible que vuestro señor de Retz, del que tanto te enorgullece ser paisana, a dos siglos de distancia, sea un gran hombre y que la dama de Monteloup sea muy respetable, pero yo te digo que no está bien volver locas a estas niñas, que están tan asustadas que se les olvida llenarse el estómago.

—¡Tú puedes echártelas de sensible, soldado grosero, «grivois^[1]» del diablo! ¿Cuántos vientres de criaturas como éstos no habrás atravesado con tu pica cuando servías al emperador de Austria en los campos de Alemania, de Alsacia y de Picardía? ¿A cuántas cabañas no habrás prendido fuego, cerrando la puerta para achicharrar dentro a toda la familia? ¿No has ahorcado nunca a ningún villano? ¡Tantos que hasta se desgajaban las ramas de los árboles! Y a las mujeres y a las mozas, ¿no las has forzado hasta matarlas de vergüenza?

—Como todo el mundo, como todo el mundo, buena mujer. Ésa es la vida del soldado. Eso es la guerra. Pero estas niñas que aquí vemos tienen la vida hecha para juegos y cuentos alegres.

—Hasta el día en que pasen por el pueblo los soldados y los bandidos como nubes de langosta. Entonces, la vida de las niñas se convierte en la vida del soldado, de la guerra, de la miseria y del miedo...

Amargada, la nodriza destapaba un gran tarro de picadillo de liebre y lo extendía sobre rebanadas de pan con

manteca que repartía a todos, sin olvidar al viejo Guillermo.

—Yo que os estoy hablando, yo, Fantina Latour, escuchadme, hijas...

Hortensia, Angélica y Madelón, que habían aprovechado la disputa para vaciar las escudillas, levantaron de nuevo la cabeza, y Gontran, su hermano, que tenía diez años, salió del rincón oscuro en que estaba, enojado, no se sabe contra quién, y se acercó a la mesa. Había llegado la hora de la guerra y de los saqueos, de la soldadesca y de los bandidos, todo ello confundido en el mismo resplandor rojo del incendio, del chocar de espadas, de los gritos de las mujeres...

—Guillermo Lützen, tú conoces a mi hijo, que es carretero de nuestro amo el barón de Sancé de Monteloup, aquí mismo, en este castillo.

—Lo conozco. Es muy buen mozo.

—Pues todo lo que puedo decirte de su padre es que formaba parte de los ejércitos del señor cardenal de Richelieu cuando éste se dirigía a La Rochelle para exterminar a los protestantes. Yo no era hugonota, y siempre había rezado a la santísima Virgen para conservar la doncelléz hasta el matrimonio. Pero cuando las tropas de nuestro rey cristianísimo Luis XIII pasaron por el pueblo, lo menos que puedo decir es que había dejado de ser doncella. Y puse a mi hijo el nombre de Juan de la Coraza en recuerdo de todos aquellos diablos, uno de los cuales es su padre, y cuyas corazas llenas de clavos desgarraron la única camisa que yo poseía en aquel tiempo... Y en cuanto a los bandidos y bergantes que el hambre ha arrojado a los caminos tantas veces, podría teneros despiertos la noche entera contándoos lo que me hicieron entre el heno de los pajares mientras le quemaban los pies a mi hombre en la lumbre del hogar para hacerle confesar dónde tenía guardados los ahorros, y yo creía, por el olor, que estaban asando el cerdo.

Al recordarlo, la gran Fantina se echó a reír; después se escanció una escudilla de sidra nueva, para refrescarse la

lengua, que se le había quedado seca de tanto hablar.

Así, la vida de Angélica de Sancé de Monteloup comenzó bajo el signo del Ogro, de los fantasmas y de los bandidos. La nodriza tenía en las venas un poco de aquella sangre mora que los árabes llevaron hacia el siglo XI hasta los umbrales del Poitou. Angélica había mamado aquella leche de pasión y de ensueños en que se concentraba el antiguo espíritu de su provincia, tierra de pantanos y de bosques, abierta como un golfo a los vientos tibios del océano. Había asimilado el revoltijo de un mundo de dramas y de cuentos de hadas. Le había tomado el gusto y había adquirido una especie de inmunidad contra el miedo. Miraba con lástima a su hermana pequeña, Madelón, que temblaba, o a su hermana mayor, Hortensia, muy tiesa, que, sin embargo, se moría de ganas de preguntar a la nodriza qué le habían hecho los bandidos entre el heno de los pajares. Angélica, a los ocho años, adivinaba muy bien lo que había sucedido en el pajar. ¿Cuántas veces no había llevado la vaca al toro o la cabra al macho cabrío? Y su amigo el pastorcillo Nicolás le había explicado que, para tener críos, los hombres y las mujeres hacen lo mismo. Así es como la nodriza había tenido a Juan de la Coraza. Mas lo que desconcertaba a Angélica era que, para hablar de tales cosas, la nodriza unas veces adoptaba un tono de languidez y de éxtasis, y otras del más sincero horror.

Pero no había que intentar comprender a la nodriza, ni sus silencios ni sus arrebatos de cólera. Bastaba con que estuviese allí, grandota, siempre en movimiento, con sus brazos robustos, con el nido de su regazo, con sus rodillas abiertas bajo la saya de fustán, y que acogiese en él a las niñas como a sus pajaritos, para cantarles una nana o hablarles de Gil de Retz.

Más sencillo era de entender Guillermo Lützen, que hablaba con voz lenta y acento pedregoso. Decían que era suizo o alemán. Ya habían pasado quince años desde que se le vio venir, cojeando y descalzo, por la vía romana que

va desde Angers hacia San Juan de Angely. Entró en el castillo de Monteloup y pidió una escudilla de leche. Y allí se quedó, de criado para todo: albañil, carpintero, correo del barón de Sancé, que le hacía llevar sus cartas a los amigos y le encargaba de recibir al sargento cuando venía a reclamar el pago de los impuestos. El viejo Guillermo le escuchaba con mucha calma y después le respondía en su dialecto de montañés suizo o tirolés, y el sargento acababa por marcharse descorazonado.

¿Había venido de los campos de batalla del Norte o de los del Este? ¿Y merced a qué azar aquel mercenario extranjero parecía bajar de Bretaña cuando lo encontraron? Todo lo que sabían de él era que había estado en Lützen bajo las órdenes del condotiero Wallenstein y que había tenido el honor de atravesar la panza al gordo y magnífico rey de Suecia Gustavo Adolfo cuando éste, perdido en la niebla, en el transcurso de la batalla, tropezó con los piqueiros austriacos.

En la buhardilla en que habitaba se veían relucir al sol, entre las telarañas, su antigua armadura y su casco, en el cual seguía bebiendo su ración de vino caliente y, a veces, comía la sopa. Su pica inmensa, tres veces más alta que él, le servía para apalear los nogales en el tiempo de la recolección.

Pero sobre todo Angélica le envidiaba la escofina para rallar tabaco. Era de concha y marquetería, y Guillermo la llamaba su «grivoise», siguiendo la costumbre de los militares alemanes al servicio de Francia, que también recibían el mismo apodo.

En la grandísima cocina del castillo, durante toda la velada, no dejaban de abrirse y cerrarse las puertas, por las cuales entraban, trayendo consigo fuerte olor a estiércol, criados y criadas y el carretero Juan de la Coraza, tan negro como su madre.

Colábanse también los perros, los dos lebreles Marte y Mejorana y los pachones, cubiertos de barro hasta los ojos.

Del interior del castillo, las puertas daban paso a la avispa Nanette, que hacía de doncella de la señora baronesa, esperando haber aprendido buenos modales para dejar a sus amos pobres e irse a servir a casa del señor marqués du Plessis de Bellière, a unas cuantas leguas de Monteloup. También iban y venían los dos pajecillos greñudos que llevaban leña para la sala grande y agua para las cámaras.

Después aparecía la señora baronesa. Tenía el rostro suave, ajado por el aire del campo y por sus numerosos partos. Vestía traje de sarga gris y capuz de lana negra, porque la atmósfera de la sala grande, donde estaba siempre con el abuelo y las tías abuelas, era más húmeda que la de la cocina. Preguntaba si estaría lista la tisana del señor barón y si el bebé había mamado sin hacerse rogar. Acariciaba al pasar la mejilla de Angélica, ya medio dormida, cuyos largos cabellos de oro oscuro se tendían sobre la mesa y brillaban a la luz de la lumbre.

—Ya es hora de que os acostéis, hijitas. Pulqueria os llevará a la cama.

Y Pulqueria, una de las tías ancianas, aparecía, siempre dócil. Había querido asumir el papel de gobernanta de sus sobrinitas, ya que no había encontrado marido ni convento que quisiera recibirla sin dote, y porque hacía algo útil en vez de pasarse el día gimiendo y haciendo labores de tapicería, la trataban con un tanto de desprecio y con menos atenciones que a la otra tía, la gorda Juana. Pulqueria reunía a sus sobrinitas. Las nodrizas acostarían a las más pequeñas, y Gontran, el muchacho sin preceptor, iría, cuando bien le pareciese, a tumbarse en su jergón en el último piso.

Siguiendo a la flaca señorita, Hortensia, Angélica y Madelón llegaban a la sala grande, donde la lumbre y tres candelas apenas disipaban el amontonamiento de sombra acumulado por los siglos bajo las altas bóvedas medievales. Colgando de las paredes, algunos tapices intentaban protegerlas contra la humedad, pero eran tan viejos y estaban

tan agusanados que apenas se distinguían, en las escenas que representaban, los ojos espantados de los lívidos personajes que parecían vigilar con cara de reproche.

Las chiquillas hacían una reverencia a su señor abuelo. Estaba sentado junto a la lumbre, con su ropón negro guardado de pieles peladas. Pero sus blancas manos, apoyadas en el puño del bastón, eran manos de rey. Tocábase con un grandísimo sombrero de fieltro negro, y su barba, cuadrada como la del difunto rey Enrique IV, descansaba sobre la golilla almidonada, que a Hortensia le parecía, aunque se guardaba muy bien de decirlo, completamente pasada de moda. Otra reverencia a tía Juana, cuyos labios malhumorados no se dignaban sonreír, y luego subían la gran escalera de piedra, húmeda como una gruta.

Los dormitorios estaban helados en invierno, pero frescos en verano. No entraban en ellos sino para meterse en la cama. Aquél en que dormían las tres chiquillas tenía un lecho inmenso, que reinaba como un monumento en el ángulo de una habitación desmantelada cuyos muebles se habían vendido en el transcurso de las últimas generaciones. Las losas del piso, cubiertas de paja durante el invierno, estaban rotas en muchos sitios. Para subir a la cama había un escabel de tres escalones. Después de ponerse la chambra y el gorro de dormir y de haberse arrodillado para dar gracias a Dios por sus beneficios, las tres señoritas de Sancé de Monteloup trepaban a sus colchones de buena pluma y se acurrucaban entre las mantas llenas de agujeros. Angélica buscaba inmediatamente el agujero de la sábana correspondiente al de la manta, y por él pasaba con habilidad el pie sonrosado, moviendo seguidamente los dedos para hacer reír a Madelón.

La pequeña temblaba como un conejo al recordar las historias que les había contado la nodriza. Hortensia también, pero no decía nada porque era la mayor. Sólo Angélica saboreaba aquel temor con gozo exaltado. La vida estaba hecha de misterios y descubrimientos. Se oía a los rato-

nes roer el maderamen, y a las lechuzas revolotear en las guardillas de las dos torres, lanzando chillidos agudos. Los lebreles se quejaban en los patios, y un mulo de la pradera venía a rascarse la tina al pie de las murallas.

A veces, en las noches de nevada, se oían los aullidos de los lobos que bajaban del bosque salvaje de Monteloup hacia los lugares habitados. Y también, desde las primeras noches de la primavera, llegaban hasta el castillo los cantares de los aldeanos que armaban algún rigodón a la luz de la luna...

Una de las murallas del castillo de Monteloup se asomaba a los pantanos. Era la parte más antigua construida por un remoto señor de Ridoué de Sancé, compañero de Du Guesclin en el siglo XII. Estaba rematada por dos macizas torres, con caminos de ronda techados de madera, y cuando Angélica subía a ellas con Gontran o Dionisio, se entretenían en escupir en las troneras por las cuales los soldados de la Edad Media habían arrojado sobre los asaltantes cubos de aceite hirviendo. Las murallas surgían de un promontorio de piedra calcárea, más allá del cual empezaban los pantanos. En los tiempos remotos de los primeros hombres el mar había llegado allí. Al retirarse, había dejado una red de ríos, canales y estanques que ahora estaban cubiertos de una maraña de yerbajos y sauces, reino de las anguilas y de las ranas por el cual los aldeanos no circulaban más que en barcas. Las aldeas y las chozas aisladas estaban edificadas sobre las islas del antiguo golfo. Habiendo recorrido aquel dominio de las aguas, el señor duque de la Tremouille, que fue un verano huésped del marqués Du Plessis y presumía de exotismo, le dio el nombre de la Venecia verde.

La vasta pradera líquida, la suave ciénaga, se extendía desde Niort y Fontenay-le-Comte hasta el océano. Se reunía antes de Marans, Chaillé y hasta Luçon con los pantanos amargos, es decir, con las tierras todavía saladas. Después era ya la verdadera orilla, con su barrera blanca de sal

preciosa, disputada ásperamente por los aduaneros y contrabandistas.

Si la nodriza no contaba casi nunca las historias de contrabandistas y ladrones de sal que apasionaba a todo el pantano es porque había nacido del lado de la tierra, y se jactaba de despreciar a las gentes que viven con los pies metidos en el agua, que, por añadidura, son todos protestantes.

Por el lado de la tierra, el castillo de Monteloup mostraba una fachada más moderna, con numerosas ventanas. Apenas si un viejo puente levadizo, de cadenas herrumbrosas en las que se posaban gallinas y pavos, separaba la entrada principal de las praderas en que pacían los mulos. A la derecha estaba el señorial palomar, con su techo de tejas redondas, y una de las granjas cultivada por un mediero. Las otras se encontraban más allá del foso. Más lejos se veía el campanario del pueblo: Monteloup.

Y después empezaba el bosque en apretada maraña de encinas y castaños. El bosque seguía, sin un claro, hasta el norte de la Gátine y del Bocage vendeano. Casi llevaba hasta el Loira y Anjou a quien se arriesgase a atravesarlo de un lado a otro sin temor a los lobos y los bandidos. El bosque de Nieul, más cercano, pertenecía al señor de Plessis. Los habitantes de Monteloup enviaban a pastar en él sus manadas de cerdos y estaban siempre enredados en pleitos con el administrador del marqués, un tal señor Molines, que tenía las manos rapaces. También andaban por allí unos cuantos fabricantes de zuecos, carboneros, y una bruja, la vieja Melusina. Ésta, en invierno, salía a veces del bosque y se acercaba a beber una escudilla de leche a las puertas del poblado, a cambio de unas cuantas plantas medicinales.

Siguiendo su ejemplo, Angélica recogía flores y raíces, las hacía secar, las hervía, las aplastaba y las metía en saquitos en un escondrijo secreto que sólo conocía el viejo Gui-

lermo. Pulqueria se desgañitaba horas enteras llamándola sin que apareciese.

Pulqueria lloraba a veces, cuando pensaba en Angélica. Veía en ella el fracaso, no sólo de lo que pensaba que debiera ser una educación tradicional, sino también de su raza y de su nobleza, que iban perdiendo toda dignidad por culpa de la pobreza y la miseria.

En cuanto amanecía, la chiquilla escapaba apenas más vestida que una aldeana, con una camisa, un justillo y una saya desteñida, y sus piecitos, menudos como los de una princesa, eran duros como el cuerno, porque escondía sin reparo su calzado bajo una zarza para trotar más aprisa. Si la llamaban, volvía un poco el rostro redondo y dorado por el sol, en el cual brillaban dos ojos de color verde azulado, del mismo color de esa planta que crece en los pantanos y que lleva su nombre: Angélica.

—Habría que mandarla al convento —gemía Pulqueria.

Pero el barón de Sancé, taciturno y roído de preocupaciones, se encogía de hombros. ¿Cómo hubiera podido enviar al convento a su hija segunda, cuando no podía ni siquiera enviar a la mayor, puesto que no poseía más que cuatro mil libras de renta al año y tenía que dar quinientas para la educación de sus dos hijos mayores en los agustinos de Poitiers?

Del lado de los pantanos, Angélica tenía un amigo: Valentín, el hijo del molinero. Del lado de los bosques, su amigo era Nicolás, uno de los siete hijos de un labrador, que ya era pastor al servicio del señor de Sancé.

Con Valentín iba en barca, recorriendo los canales bordeados de miosotis, hierbabuena y angélica. Valentín arrancaba a brazadas aquella planta alta y dura, de olor exquisito, y luego iba a vendérsela a los monjes de la abadía de Nieul, que hacían con su raíz y sus flores un licor medicinal, y con los tallos, confitura. En cambio, los monjes le daban escapularios y rosarios que le servían para tirárselos a la cabeza a los chiquillos de las aldeas protestantes, que huían